

atacó á otra de Beduinos en el Horán, rechazándolos hasta su campamento, donde envueltos por todas partes y asaltados por fuerzas superiores, sólo logró salvar la vida uno que, recogiendo su yegua y lanzándose á través de las líneas enemigas, logró huir, perseguido por los jinetes mejor montados de la partida victoriosa.

» Perseguidores y perseguido dejaban atrás con la rapidez del torbellino rocas, llanuras y colinas, sin cejar un momento aquella carrera; pues los Drusos eran implacables, y habían jurado matar al último de sus enemigos. Pero al fin, después de una persecución infernal, que duró muchas horas, vencida la cólera por la admiración que les causaba la yegua que de aquel modo sacaba de sus manos al fugitivo, le prometieron la vida, suplicándole que se parase, á fin de que tan sólo pudiesen besar la frente de aquel excelente corcel. Accedió el árabe, y los Drusos, al separarse de él, le dirigieron esta frase proverbial: «Ve á lavar los pies de tu montura, y bebe esa agua en seguida», frase con la cual entienden manifestar su extremo afecto por estos animosos compañeros de sus peligros.»

A lo precedente añadiré que el caballo árabe no conoce más que dos maneras de andar: el paso ó el galope. Su obediencia al amo á quien conoce es tan notable que con frecuencia he visto á los árabes apearse del caballo y echarle las riendas sobre el cuello sin que el animal se alejase.

A pesar de su docilidad, el caballo se ha propagado en Arabia mucho menos de lo que podría suponerse: cosa que se explica fácilmente diciendo que si el camello puede criarse en todas las partes de ella, el caballo no puede serlo sino en las regiones donde hay pastos, como las llanuras de Mesopotamia, de Siria y del Nedjed; en esta comarca existe la raza más preciosa y delgada.

La Arabia era tenida antes por riquísima en metales y piedras preciosas; pero no se ve hoy ninguna huella de esto, y sólo se han descubierto algunas minas de hierro y cobre. Pero el conocimiento que tenemos del país es demasiado superficial para hablar con certidumbre de las riquezas minerales que quizás posee.

La industria y comercio de Arabia son hoy aún tales como eran en los primeros tiempos de la historia, formando el principal objeto de la exportación obras de platería trabajadas en el Yemen, dátiles, caballos, añil, sen, incienso, mirra, etc., y tanto el comercio de exportación

con Europa, como el de importación con Africa, India y Persia, se hace por medio de camellos, como en los tiempos bíblicos.

Las distancias itinerarias no se cuentan en Arabia sino por horas de marcha: lo mismo sucede en el resto de Oriente. Para un camello ligeramente cargado se cuenta habitualmente legua por hora, resultando que algunas distancias que en el mapa parecen insignificantes requieren largas jornadas de marcha.

En Arabia, lo que nosotros llamamos caminos no existen, pues los de las caravanas se componen de aquellos *uadis* ó ríos secos de que hemos hecho mención; y fuera de estos caminos hay que seguir las direcciones rigurosamente determinadas por la situación de los pozos, pues sin ellos no habría vida posible. Las mismas vías se siguen en Arabia desde los tiempos más remotos, siendo las más frecuentadas las que van de Damasco á Bagdad y de Riadh, en el Nedjed, á la Meca, Mascate, Bagdad y Damasco.

III

PROVINCIAS DE LA ARABIA

Los antiguos conocieron muy poco el interior de Arabia; de modo que si Herodoto apenas dice cuatro palabras de ella, Strabón y Diodoro de Sicilia no sólo nos dan escasos detalles de la misma sino que atribuyen frecuentemente á este país los frutos que recibía de la India y que exportaba á otras comarcas. Ptolomeo, que parece ser el único que conoció mejor la Arabia, menciona en la Arabia Feliz ciento setenta ciudades, entre ellas cinco capitales grandes.

También los romanos conocieron siempre mal la Arabia; y como tenían entendido que producía las especias, perfumes, tejidos y piedras preciosas que en realidad recibía de la India y de la China, varias veces intentaron conquistarla, bien que siempre con mal éxito. Esos señores del mundo ante los cuales todas las naciones debieron ceder, no pudieron nunca juzgar á unas hordas nómadas á las que protegían el clima y las arenas de su tierra como una verdadera muralla.

Los Europeos no han podido llegar allí sino en una época moderna. Antes de Niebuhr, que la visitó en 1762, no teníamos de ella sino noticias vaguísimas, tomadas de los geógrafos árabes antiguos ó de Ptolomeo; y el mapa de aquel sabio fué el primero que se levantó con

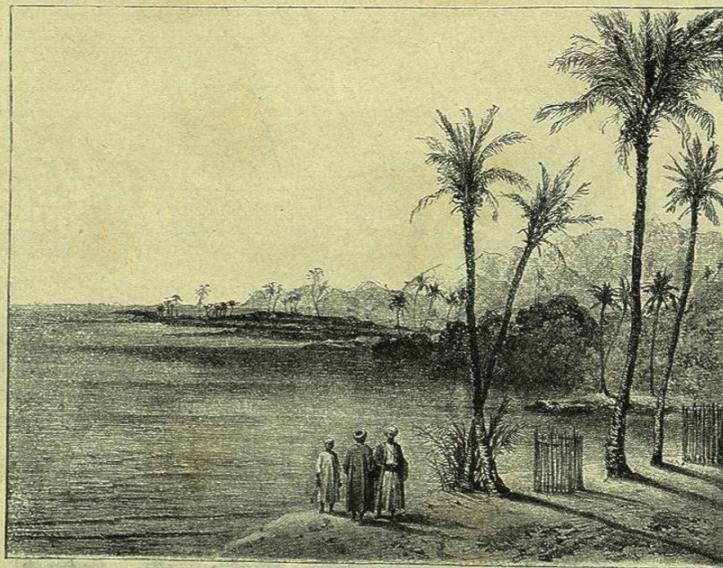
observaciones científicas. Pero Niebuhr no pudo recorrer más que alguna parte del Yemen.

Después de este viajero, la Arabia estuvo aún medio siglo sin que nadie la explorase, no continuándose el estudio de ella hasta Burckhardt en 1815, quien recogió excelentes noticias sobre la Arabia y las dos ciudades de la Meca y Medina. Las expediciones egipcias, que por este mismo tiempo se llevaron á cabo contra los Wahabitas, fueron también origen de investigaciones extensas respecto de diversas

partes de la península, la cual fué en seguida recorrida por muchos viajeros, entre los cuales cabe citar á Wallin (1845), Burton (1852) y Palgrave (1862), visitando el último en las regiones centrales de Arabia países casi completamente desconocidos antes de él (1).

Los antiguos habían dividido la Arabia en tres regiones: la *Arabia Pétrea* al Noroeste, la *Arabia Feliz* al Sudoeste, y la *Arabia Desierta* al centro y al Este.

La Arabia Pétrea comprendía toda la región



Oasis de Dahab, en el golfo Elanítico (Arabia Pétrea)

situada entre la Palestina y el mar Rojo. La Arabia Desierta se componía del gran desierto de arena que se extiende de los confines de la Siria y de la Mesopotamia hasta el Eufrates y el golfo Pérsico. Finalmente, la Arabia Feliz abrazaba toda la parte meridional de la península, el Nedjed, el Hedjaz, el Yemen, el Omán, etc., etc.

Los geógrafos orientales no han usado nunca estas divisiones; y no sólo no admiten á la Arabia Pétrea como una parte de la Arabia, sino que establecen las divisiones del modo siguiente:

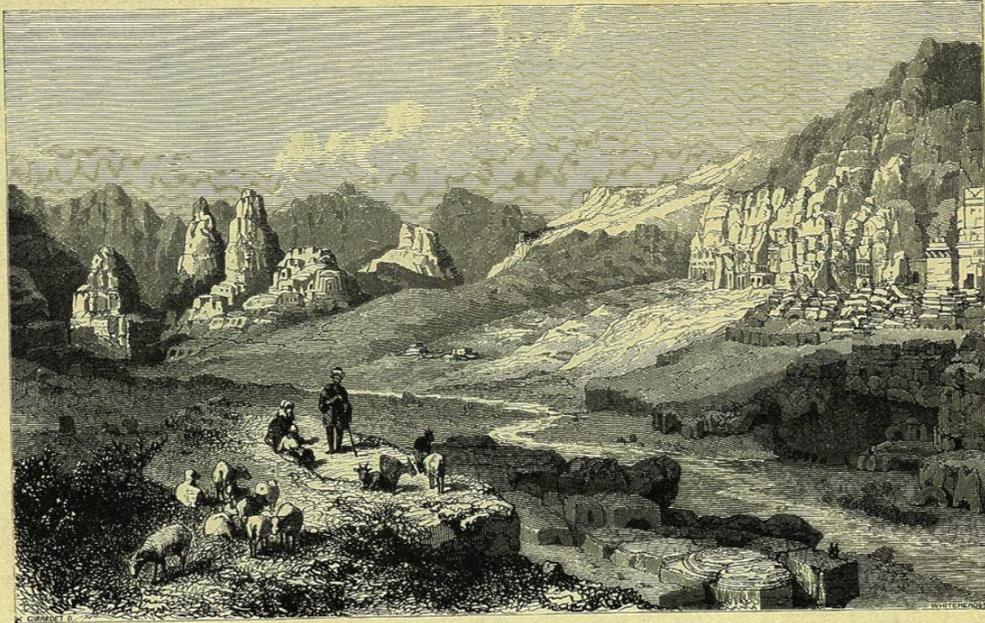
El *Hedjaz*, región montañosa y arenosa, que compone la parte media de la que baña el mar Rojo, y contiene las ciudades santas de la Meca y Medina. El *Yemen*, que, situado al Sud del Hedjaz, forma el ángulo Sudoeste de la península arábiga, de la cual es la región más fér-

til y rica. El *Hadramot*, el *Mahrah*, el *Omán* y el *Hazá*, que están colocados uno después de otro, según se ve en el mapa, desde el golfo de Aden hasta el golfo Pérsico. Y el *Nedjed*, gran meseta fértil, poblada de ciudades importantes, aunque rodeada de desiertos, que se halla en el centro de la Arabia.

Las divisiones precedentes, la mayor parte de las cuales datan de los tiempos más lejanos de la historia, no corresponden ya á las divi-

(1) Deseoso de completar con una visita al centro mismo de la Arabia los estudios que yo había hecho en diferentes puntos del antiguo imperio de los árabes, y de ver si llegaba á elucidar ciertas cuestiones de las cuales no hallara la solución en ninguna parte, propuse há poco al ministro de Instrucción pública, director de los fondos de las misiones científicas, que me encomendase la exploración de la Arabia en todo lo que dice á su longitud, para recoger por medio de la fotografía y con los instrumentos científicos convenientes los documentos más importantes. Pero el proyecto no fué aceptado. Como yo no podía subvenir por mí solo á todos los gastos de una expedición costosa, tuve que renunciar á ella, limitando mis viajes por el antiguo imperio de los árabes á las regiones más fáciles de recorrer.

siones políticas. Antes de Mahoma estaba la Arabia dividida en millares de tribus independientes; y bajo el imperio árabe todas estas tribus no formaron más que un solo pueblo. Después de la caída de aquel imperio, la Arabia volvió á su primitiva manera de ser; y, excepto los tres imperios formados por el Nedjed, el Yemen y el Omán, se compone de pequeños principados y de tribus independientes, cada una de las cuales no reconoce más que á un jefe.



Petra

mente al aspecto del país, pues el centro de la península está ocupado por la alta montaña granítica que forma el Sinaí; la región que la rodea es pedregosa, y no se halla arena hasta que nos vamos acercando á las orillas de aquel mar. La vegetación es rara y de las más ínfimas.

A pesar de todo, esta desolada región es una de las más célebres de la historia: es la Idumea de la Biblia; la tierra de los Amalecitas, de los Madianitas, de los Nabateos y de todos aquellos otros pueblos de quienes nos hablan en cada página los libros hebreos. Aquí, en esas soledades de la Arabia Pétreá vagaron tan largo tiempo los israelitas, después de su salida de Egipto y antes de penetrar en la tierra prometida. Aun se señala la montaña sacrosanta donde Moisés dictó la ley á su pueblo, la piedra de la cual hizo saltar un chorro de agua con un golpe de su vara mágica, y la caverna del monte Ho-

Vamos á dar una mirada rápida á las diversas regiones que acabamos de mencionar.

Arabia Pétreá.—Ya hemos dicho que esta región no era considerada por los geógrafos árabes como una parte de la Arabia; pero desde el punto geográfico y etnográfico es imposible separarla de ella. Comprende toda la península del monte Sinaí, y se extiende desde las fronteras de la Palestina hasta el mar Rojo.

El calificativo de *pétreá* corresponde exacta-

reb, donde el profeta Elías se escondía para evitar el furor de la reina Jezabel.

Aquí, en este antiguo país bíblico, se hallan las ruinas de Petra, que fué antiguamente el gran depósito del comercio de la Arabia meridional, y el lugar á donde las tribus del Yemen llevaban el incienso y los aromas, recibiendo en cambio los productos de Fenicia.

Nedjed.—Es una inmensa meseta fértil situada en el centro de la Arabia y rodeada por todas partes de desiertos y montañas. Las noticias que tenemos de esta región, donde se halla el asiento del poderoso imperio wahabita, son completamente modernas, y de sus habitantes ha llegado á decir Palgrave: «Se podría hallar entre ellos, como entre los habitantes de Sheffield y Birmingham, ingenieros capaces de trazar ferrocarriles, y de construir máquinas y vapores de hierro.» También á propósito del Nedjed

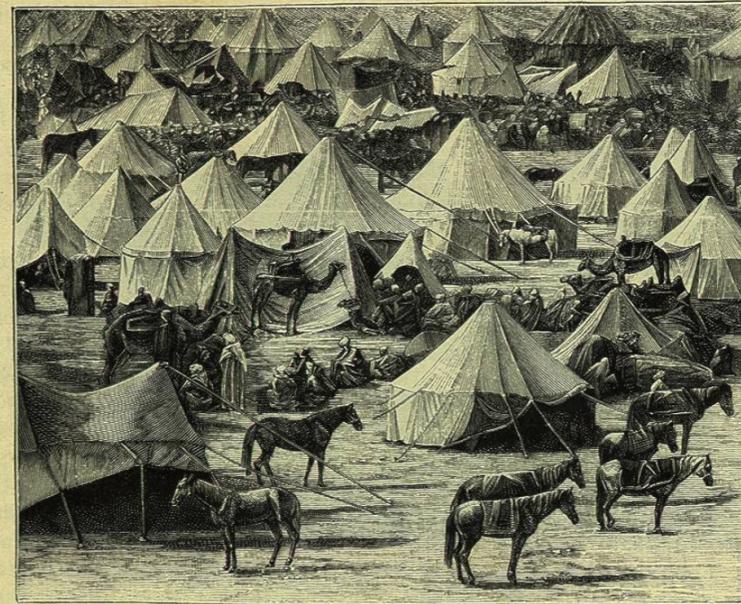
ha hecho observar que la preocupación de considerar la Arabia como país bárbaro depende de que los viajeros no visitan generalmente más que cierta región del litoral.

A pesar de las derrotas que los egipcios les infirieron en las dos campañas de 1810 y 1848, el imperio wahabita se reconstituyó rápidamente, y su soberano reside de ordinario en la importante ciudad de Riadh.

Es la agricultura el principal recurso de los

habitantes del Nedjed. «Las abundantes cosechas de trigo y maíz, dice Palgrave, y la excelente calidad de los dátiles, prueban que los hijos del Nedjed son labradores hábiles.»

Hedjaz.—Situado en el litoral del mar Rojo, el Hedjaz es sobre todo célebre por haber sido la cuna del islamismo y el asiento de las dos ciudades santas: la Meca y Medina, que cada año atraen á los peregrinos de los puntos más remotos del orbe musulmán. Aunque el Hed-



Campamento de peregrinos cerca de la Meca (copia de una fotografía instantánea)

jaz contiene algunas regiones fértiles, la mayor parte de su territorio es estéril, y el soberano nominal del país es hoy en día el Sultán de Constantinopla, pues el verdadero soberano es el gran jerife de la Meca, que reside en Taif.

La Meca es el tipo de esas ciudades del desierto que no se hallan más que en Arabia. El terreno de que está rodeada es tan pobre que no bastaría al sostén de sus habitantes, los cuales se ven obligados á hacer llegar sus comestibles de Djedda, ciudad colocada en el mar Rojo, y que viene á ser el puerto de la Meca.

La Meca, llamada por sus habitantes la madre de las ciudades, ha sido largo tiempo desconocida de los europeos, los cuales todavía hoy no pueden acercarse á ella bajo pena de la vida; de modo que los pocos que han logrado verla no han podido hacerlo sino valiéndose de disfraces y á favor del profundo conocimiento

que tenían de la lengua árabe. No poseíamos antes sino algunos croquis de ella demasiado insuficientes para darnos idea bien clara de lo que es; pero hoy podemos ya imaginarla fielmente, mediante las fotografías que ejecutó Sadik-Bey, teniente coronel del ejército egipcio, las cuales han llegado á Europa en 1881. Nuestros dibujos han sido tomados de ellas.

La Meca no se distingue de las demás ciudades árabes sino por su regularidad, que es notablemente mayor; carece sobremedida de agua, y la mejor procede de los depósitos del monte Arafa, situados á algunas horas de distancia y conducida por un acueducto atribuido á Zobeida, la esposa predilecta del célebre califa Harún-al-Raschid.

Durante la época de las peregrinaciones, la Meca es el centro del comercio más rico y variado del orbe musulmán.